

LADISLAO GRYCH

MI JESÚS ⁽¹⁵⁾

Me inquieta el personaje de María de Magdala; aún busco las raíces y el porqué de su presencia y de su misión; no sé expresarlo plenamente, pero me atrevo a escribir sobre ella.

Hay varios tiempos en el texto: lo escribo, lo dejo, luego vuelvo y sigo con el pensamiento hasta poder concluirlo en Cerro Convento, el 11 de marzo de 1994.

PREFACIO

¡Cómo expresar la Vivencia, la que podría llevar la Vida de María de Magdala!

Aún veo a otros hermanos en los caminos que conducen a Jesús; ellos sueñan en los encuentros con Él, mientras que sus vidas inician algo insospechable; esas vidas tienen su tiempo, en medio de las guerras que pasan; por eso, deben confiar y tener paciencia.

Quien comprende el sendero de María de Magdala, aún podría alcanzar ver a Jesús; a lo mejor, podría intuir ese camino en su propia vida, y el Señor le permitiría presentir su Obra en el mundo.

Es que son tantos los que desean seguirle a Jesús, mientras que su Obra se proyecta; así estoy con mis hermanos en el camino que nos toca recorrer; que el Señor nos bendiga.

Cerro Convento, 11 de marzo de 1994

1. EL PRIMER ENCUENTRO

a. MIS SOLEDADES

No sé por qué me acerqué a Él, en aquel entonces; no puedo explicarme a mí misma.

Fue uno de esos momentos en la vida, que vienen.

Luego, vi la gracia que ni siquiera esperaba.

Pero había algo que me decía que era ese tiempo, por eso, me acerqué sin pensar demasiado.

Sentí que fue mi hora; pensé: me acerco hoy, o nunca.

Hacía tiempo que me veía hablar con Él, en medio de mis pensamientos, porque lo necesitaba de veras.

Mi vida me ahogaba y aún, sentí un tremendo vacío.

No pude salir ni desprenderme de lo mío.

Me sentía débil y no podía hacer nada.

Tuve asco de mí misma; y no quise pensar en mí ni verme.

Huía de mí misma y mi pensamiento volvía a Él.

Aún venía mi vida con mi realidad muy triste.

Por un tiempo, quise llenarla con lo que recibía, y con el correr de los días, aún más, me sentí agitada y frustrada.

Me sentí usada, no me entendí a mí misma, pues llevaba el peso, el dolor, la frustración, la impotencia, mientras mis pensamientos volvían insistiendo.

Llegué a tal modo de vivir que no podía más; ya fue como vivir sin sentido.

En medio de mis vivencias sin rumbo, me veía llenándome de nuevas frustraciones.

Me agotaban los días, se hacían largos; ya no tenía fuerza para caminar, hundida en mis tristezas.

Aún buscaba cómo sobrevivir, en el tiempo de dolor y de humillaciones.

Muchas veces, quise huir y no pensar más en Él.
Porque el pensamiento me entristece, me llena de miedos,
me agota aún más.
No tengo descanso; si es que de día me refugio, aún me
distraigo con lo que hago, de noche sigo pensando.
Es que todo gira en mí; y vuelvo a mi vida que no se calla.

El mundo me mira; saben quién soy.
Conocen mi vida mejor que yo misma me conozco.
Si camino entre la gente, más aún recuerdo lo mío.
Veo las caras que sospechan; estoy como desnuda ante las
miradas; no obstante, hay que vivir sonriéndome.
No hay motivos para sonreír, pero hay que hacerlo.
Cada día me cuesta más aún.

Los pensamientos llegan a mi corazón, aún están cargados
de frialdad, de indiferencia, de desprecio, de sonrisas que
no dicen nada, tampoco respetan.
Si pudiese esconderme, iría a cualquier lado; pero ¿adónde
ir, mientras llevo el peso?
A veces, prefiero esconderme en medio de mi soledad.

No es que me guste la soledad.
Si me quedo sola, no estoy bien, buscaría la compañía a
cualquier precio; pero me hieren las miradas.
¿Es posible que me esconda en algún lugar, sin mi vida,
sin mí?; ¿y que me desprenda de lo que vivo?
Mientras me alejo del mundo, más lo busco; si huyo de la
gente, no sé vivir sola; quiero estar sola y no aguento ni un
instante.

¡Mis soledades llenas de espanto, de horror y de sombras
negras!; hasta los silencios son ruidosos, cuando sospecho
las presencias que me perturban.
¡Cómo huyo de mis soledades!; por eso, busco compañías

a cualquier precio.
Luego, me quedo sola, tirada como una bolsa desecha.
¿A quién le interesa mi soledad, mi llanto?
Pues, si supiesen de mis soledades, no me juzgarían tanto;
si supiesen del dolor que llevo...

¡Quién conoce mi llanto!; ¡a quién le interesa!
Rodeada de la gente que viene y se va, estoy sola.
¡La soledad es muy triste!; hasta mi planta llora conmigo;
mi compañera en los tiempos de soledad, de tristeza, sigue
muriéndose, se ha cansado de mí y yo, muriéndome igual.
¡Quién conoce mi llanto en medio de mi soledad!

Quise gritar mis penas a los vientos y al agua del lago; por
lo menos, que me escuchen, si es que escuchan a alguien.
Nadie me atiende, a nadie le importo, soy menos que una
cosa; si las cosas tienen su valor, yo sólo sigo gritando.
¿A quién le interesa mi llanto?
¿A quién le importan mis gritos?
Mi garganta está gastada de gritar; es mi vida.

b. ALGUIEN ME DIJO

Alguien me habló de Él, entre otras cosas, que caminaba
con los ciegos y paralíticos.
Pero, ¿por qué estaba con esa gente?
Sentí entonces, como si Él me llamase.
Si por un tiempo, me olvidé de Él, el pensamiento volvía
aún con más fuerza.

¿Por qué me acerqué?; no lo sé; yo no creí en nadie.
Fui sin esperar nada; ¿qué podía esperar?
Estuvo rodeado de mucha gente; había algunos que conocí
y ellos me conocieron; aún quise verlo, escucharlo.
Él hablaba sin forzar su voz; hubo mucha calma.
Cuando lo escuché con cierta atención, me pareció que me

hablaba, como si Él dejase a todos para hablarme a mí...
Miré el sol que se reflejaba en el agua del lago, calmado
por aquel instante.

Después volví a lo mío; mi triste vida seguía en su cauce,
con una sonrisa para la gente.
Aún, mi soledad se confundía con aquella palabra.
Lo escuché, me fijé en su cara; Él me miró, me habló...

Me miró de lejos, entre tanta gente.
¿Qué podía ver, qué podía sentir?
¿Por qué me miró de esta manera?
No me olvido de su mirada; no bien la recuerdo, algo pasa
en mí; no lo sé decir bien, pero algo me pasa.

Muchas veces, volví a aquel misterioso encuentro.
No sé contestar por qué fui a verlo, ni explicar qué es lo
que me pasaba desde aquel día.
La realidad seguía, mi vida no cambió, no obstante, había
quedado algo que volvía a mí; y ni siquiera lo esperaba.

Desde aquel entonces, Él estaba en mi vida.
Yo iba por mi camino, en medio de la gente, como si fuese
una cosa entre las manos que no dejan ni reciben.
No sé qué me pasaba, pero Él estaba en mi pensamiento,
en mi vida confundida.
No pude desprenderme de Él, por más que quisiese.
A veces, no quise pensar en Él; pero volvía su mirada.
¿Y yo, qué podía hacer?

Recuerdo su mirada, su rostro misterioso; el movimiento
de su cara tan distinta...
Él me miró, lo siento en mi corazón; hoy lo siento.
Me pareció que leía toda mi vida.
Y no podía esconderme ante Él.

¿Qué me pasa, mientras siento a Él en mi vida?
¿Qué pasa conmigo?

Me sentí castigada, juzgada, sucia; me veía perversa.
Y me queda el peso; pero, ¿su mirada?
¿Qué quiere decirme? Parece tan distinta.
¿Qué es lo que piensa de mí?, no lo sé.
¿Por qué quisiera saberlo?
Algún día, ¿lo volveré a ver?
¿Sabré lo que piensa de mí?

Mis días son largos, tristes, y yo camino conmigo.
Pasó algo aparentemente sin importancia; sólo una mirada
y algunas palabras entre tantas, que no se borran.
He pensado mucho, parece que pienso cada vez más.
En mi vida pasan esas cosas; pero esta vez, me queda su
mirada y su palabra; ¿qué me dijo?

Él hablaba, muchos lo escuchaban.
Entonces, ¿por qué me dijo que no me desesperase?
¿Acaso lo sabía, de dónde?
¿Miraba mi cara asustada o leía mi interior?
Me parece que Él me comprendía, mirándome.
Tengo tanto miedo; los que me miran no siempre lo saben,
pero tengo mucho miedo.
Y me dijo que no me desesperase más.

c. ¿COMPRENDERÍA MI VIDA?

Buscaba cómo volver a Él y de pronto, lo iba dejando para
otro día; había algo que me impedía hacerlo.
Por un tiempo, sufrí la guerra de mi corazón, pero alguna
vez debí decidirme.
Así, como estaba viviendo, no podía seguir más.
Debo ir a verlo; sé que no está solo y parece que no tiene
tiempo ni para sí mismo, casi siempre está con alguien.

Yo buscaba ese momento; quise encontrarlo cuanto antes,
no podía esperar más.

Entonces iré a verlo, a pesar de la gente que le acompaña.

¿Por qué quiero ir a verlo, a hablar con Él?

¿Qué es lo que me lleva?

Aún voy recordando su mirada de paz, de comprensión, a
la vez, de dolor.

Varias veces, volví a aquel lago; mientras oía el sonido de
agua acariciada por un viento suave, aún iba volviendo a
aquel encuentro.

Estuvo con gente, hablando; en aquel entonces, me pareció
como si se detuviese; como si dejase al pueblo para fijarse
en mí, en una cara perdida.

Pues me sentía perdida en medio de la gente y de mi vida.

Como si se detuviese frente a mí, mientras estuve lejos.

No sé si la gente se dio cuenta de lo que había pasado.

Quizás, algo presentía; pero parece que Él actuaba así, de
corazón; hacía lo que sentía, aún sin preocuparse de lo que
pensasen los demás.

Si bien siguió con su palabra, fue como si hablase para mí.

El pueblo se quedó con lo suyo; quizás vivía lo mismo que
yo, en aquel instante; es cuando mi vida fue tocada por Él.

Mientras corrían los días, algo pasaba en mi corazón.

Sentí cierta atracción por Él, por lo que me dijo, por su
mirada; varias veces intenté volver a verlo.

De lejos, llegaban las voces; la gente decía cualquier cosa,
unos hablaban bien, otros mal; y si antes, no me importaba
lo que decían de Él, ahora, me pregunto por qué la gente lo
toma de modos tan diferentes.

Pensaba en Él, con ciertos sentimientos de bien.

Él despertó tanto en mí, ¿qué es lo que me pasa?

A la vez, despertó la confusión.

No obstante, me queda su mirada.

¿Comprendería mi vida?, me pregunto.

No hace mucho que me pregunto si me comprendiese.

Antes no lo hacía, sólo seguía con mi realidad.

Mi vida es como un río, me encamina; el agua desborda y abre nuevos caminos.

Es mi vida, no puedo decir que soy feliz.

¿Comprendería mi vida?; no sé decirlo.

Hay algo que me lleva hacia Él; no sé por qué.

¿Por qué me dijo que no me preocupase?

¿Sabrá lo que pasa en mi corazón, aún, de mi dolor, de mis humillaciones y mi llanto, solitariamente, de día?

¿Qué es lo que piensa de mí?

Y si piensa, ¿por qué le interesa mi vida?

Mi vida, en medio de la gente; son los rostros perdidos que vienen y se van.

¿A quién le interesa mi vida, quién pregunta por mí?

Si le importa, ¿es realmente, mi realidad?

¿Por qué me dijo que no me preocupase?

Hoy, pienso más que antes; pero me queda esa palabra misteriosa; ¿qué es lo que me pasa?

Algo pasa en mi corazón, por el peso que llevo.

¿Hay alguien más que aún se acuerda de mí, tan perdida, quien pudiese sentir mi dolor?

Cuando pienso en Él, de aquel día frente al lago, siento esa brisa que refresca mi rostro; el aire le acompaña, mientras su palabra penetra; es algo tan sorprendente.

Fui a verlo, porque me hablaron de Él; sin embargo, lo que sentí, no puedo expresar con ninguna palabra.

¿Qué es lo que pasó en mi vida?

Mientras vuelvo a aquel encuentro, lo siento a Él como si hablase; pero hoy, su palabra es más fuerte aún.

¿Por qué sigo volviendo a esa palabra?
¿Qué es lo que pasa conmigo?
¿Porque su palabra se confunde con mi realidad, y Él está en lo que hago y siento?; no puedo desprenderme de Él.
Mientras estoy sola, Él está; y cuando estoy con otros, me ausento; hablo con ellos, pero mi corazón vuela hacia Él.
¿Qué quería decirme?
¡Cómo quisiese saber las intenciones de su corazón!

No comprendo nada de lo que me pasa.
Estoy muy confundida; estoy con mi realidad, y con Él; nada se escapa de su presencia.
A veces, desearía que Él no estuviese más en mi vida; no obstante, si quiero separarme de Él, está más presente aún.
¿Qué puedo hacer entonces?; no lo sé.
Cuánto más pienso, no sé qué hacer.

Pasan los días; estoy lejos de Él; ni siquiera sé dónde está.
Me dijeron que se había ido a otros pueblos.
Aquí, ha dejado un viento en mi corazón inquieto.
Una vez, me alegro de que fui a verlo, y otras veces, me pregunto: ¿para qué me sirve?; estoy tan confundida.
Sin embargo, no sé qué tengo contra Él; Él no exigía nada ni forzaba, tan sólo me dijo que no me desesperase más.
¿Acaso viví preocupada?; me pregunto y no lo sé.
De veras, ¿me desesperaba por mí?
Entonces, ¿por qué me lo dijo?
¿Sabrá más que yo de mi vida perdida?; no lo sé.

Recuerdo su palabra y me pongo triste.
¿Qué es lo que me pasa?
Con sólo recordar su palabra, me caen lágrimas.
Hay tanta tristeza en mí; ¿de dónde viene todo eso?
Hace varios días que no hago nada ni me interesa la gente,

ni tengo ganas de estar con nadie; ¿qué es lo que me pasa?

Me voy quedando sola, con mi vida y mis penas.
Tengo ganas de llorar; la tristeza me ahoga por dentro.
No me suelto más de los pensamientos, pienso en Él.
¿Por qué pienso tanto?
A la vez, lloro; hay tanto dolor, tanta rebeldía.
Y está Él; ¿qué es lo que me pasa?

No sé qué voy a hacer; tendría ganas de irme a cualquier lado; me molestan todos, no tengo ganas de ver a nadie.
Sin embargo, Él es mi sombra, mi pensamiento.
Cuando me despierto de noche, lo veo por todos lados.
Hasta quise olvidarme de Él, pero no sé borrarlo.
Tengo rabia y quisiese borrarlo para siempre.
Otras veces, me contenta su presencia.
Es tan rara y tan misteriosa a la vez.

d. AÚN VUELVO A VERLO

Me enteré de que Él estaba y sin pensar fui a verlo; pues si hubiese esperado, no me habría decidido.
Estuvo con algunos que le acompañaban; y había hombres que me conocían; si después hablaron de mí, aún sabían de dónde me conocieron; y sospecho que Jesús sabía por qué les contestaba de esa manera.
Sin pensar fui a verlo; no me importaba lo que pensarán otros; pues no tenía nada para perder.

Me acerqué a Él sin mirar las caras.
Supe lo que Él iba a pensar, y qué iban a pensar de Él.
No sé si Él lo tenía en cuenta, lo que ellos iban a hablar.
Si le hubiese importado, no habría estado en aquel lugar, pues sabía con quién estaba y qué pensaban ellos.
Me acerqué a Él, sin mirar a nadie; sin embargo, sentí las miradas; hubiese preferido sentir los clavos que perforasen

mi cuerpo vivo.
Pero hice lo que dictó mi corazón.

¿Qué sentí en aquel momento?
Un respeto como jamás lo vi en mi vida.
Había algo en sus gestos y en sus manos.
Me aceptó; no puso barreras ni distancia.
Fue sólo un rato, y pareció que de repente, se calmaban
agua y vientos; me olvidé de mi vida, de la gente; tan sólo
estaba Él y yo, llorando de felicidad.
Jamás me sentí tan feliz como en aquel momento.
Luego, Él comenzó a hablar con los que estaban allí; y yo
fui el motivo; en un instante, me detuve con amargura; me
pregunté: ¿por qué me defiende frente a todos?

Por primera vez, sentí que alguien me amaba.
Luego de estar con gente, en tantas circunstancias, vi que
alguien me defendía.
No sé explicar más, pero todo fue distinto.
Los demás entendían cualquier cosa de mí y de Él; pero
eso no le importó a Él; comprendió por qué estuve ante Él,
y supo de mi necesidad.
Por primera vez, me detuve en medio de una sensación de
paz, de respeto, y dejaba mi vida en sus manos.
Pues Él la respetaba y la defendía ante el mundo perverso.

Aquella vez me retiré, pues me pareció que no debía estar
más; y Él no dijo nada, como si esperase que hiciera como
quisiese, pero sentí que debí irme, al resguardar lo que Él
había dejado en mi corazón.
Fue muy distinto de lo que yo pensaba; aún me sorprenden
mis gestos.
¿Por qué actué de ese modo, ante Él?; no lo sé, sólo quise
verlo.

Sigo pensando y no me comprendo; aún me asombro.
¿Por qué quise mostrar mi corazón delante de Él, casi un desconocido en mi vida?
¿Qué es lo que me llevó al encuentro?
¿Quién es Él, que abrió mi corazón?
¿Y el respeto suyo, quién lo comprendería?

2. LOS SIETE DEMONIOS

a. APARECISTE EN MI VIDA

No sé hablar de Jesús, ni expresar lo que vive mi corazón.
Me pregunto quién es Él, y es aún más grande para mí.
¿Qué puedo decir yo, pobre, qué son mis palabras?
Mi vida las limita; no tengo palabra, porque me conocen.

No obstante, no puedo callar; ni me lo permite mi corazón.
Debo gritar a los vientos lo que viví; que me escuchen los
que quieren escuchar.
Si he encontrado a alguien en mi vida, es Él.
Quiero hablar de mi Jesús; lo encontré, y Él me esperaba.
Aún presiento que Él sabía la hora en que me acercase y
cómo lo necesitaba.

Apareciste, mientras estuve perdida.
No supe qué hacer; pero hoy tengo tu paz.
¿Quién pudiese comprenderme y aceptarme?
Estuve vagando en medio de la gente, perdida, sin casa; ya
no me veo así.
Fuiste el único que me aceptaba sin preguntar nada.
Descubriste mi amor en medio de mis miserias,
Sólo tú podrías descubrirlo, yo no te lo dije.

¿Por qué te amé?; no lo sé; no supe amar a nadie ni esperé
a que alguien me amase; no fui quien lo mereciese.
No obstante, frente a ti, comencé a vivir, yo, insensible.
Es que se despertó mi corazón.
Cuando te encontré, supe que te amaba, y vi que serías mi
salvación; aún no supe qué salvación esperaba, pero sí,
que podrías liberarme de mi vida tormentosa.
Te amé desde el primer instante.

¿Quién despertó mi corazón frente a ti, sereno?

¿Quién le dio Vida?
¿No fuiste tú, quien me inspiraba, quien supo mirarme con
respeto?; nadie me miraba como tú.
Quizás por eso, mi corazón se había despertado; y si lo
hiciste; ¿no es que sólo te respondí?
No lo sé ni me lo dices; estás con tu corazón que me llega.

¿Qué hiciste para que te amase?
¿Y qué tienen tu mirada y tus palabras?
En cada gesto está tu amor; por donde mirar, se lo percibe;
entonces, ¡cómo no amarte!
Los que guardan ese deseo, aprenderán de ti; pues llegarán
a amar con tan sólo verte.
Busqué el amor; y quizás por eso, te encuentro.
Me llevas por medio del amor que me ha vencido.

Desde la primera vez, entendí que me amabas.
Tu palabra me cautivó; llegaste a mi corazón con respeto,
en medio de las ruinas de mi vida; allí prendieron la luz y
la esperanza.
Luego, por algún tiempo, me quedé sola, no quise ver a los
hombres; no debí confundir la llama prendida ni apagarla.
¿Qué es lo que me pasó?; no sé explicarlo.
Y es cierto que me atraías, fuiste misterioso para mí; y tu
respeto por mi vida fue tan claro.

Me pregunté: ¿por qué me amabas?; y no tuve respuesta.
No encontraba nada que pudiese atraerte hacia mí; me veía
según como me miraban; y no supe ver otra realidad.
¿Y tú, qué veías en mí, perdida, qué es lo que te atraía?
Si no me lo decías, sólo sentí que mirabas mi corazón.
¿Y no es que debí descubrirlo, encontrándome conmigo?
Pero necesitaba esperar para verme, como querías que me
viese.
Por un tiempo, debí conformarme con tu silencio ante mi

vida, donde corre agua turbia.
Y en medio del agua, despertabas el amor.

Una vez, hablaste del tesoro escondido en tierra.
Quizás, quieres decir que hay que buscarlo con insistencia.
Me parece que el tesoro habría que ir buscándolo en cada
ser creado por el Señor; y hasta que no lo encontremos, no
podremos comenzar por lo que quieres de la vida.
¿Qué has encontrado en mí?; Tú lo sabes.
¿Me ayudarás a descubrirlo?

Otras veces hablaste del sol y de la lluvia que eran buenos.
El agua caía del cielo y el sol iluminaba a los buenos y los
malos; no hacían diferencias como los hombres.
Tu amor venía del Padre y era para todos; no obstante, tan
sólo algunos te respondían, mientras que Tú amabas con el
Amor para con todos los hombres; y fue tu riqueza que
trajiste a un mundo sin el amor.
Lo comencé a ver con el tiempo; aún comprendí tu amor
por mí; y no me preguntaba por qué me amabas.
A pesar de que me habría gustado que me hubieses amado
más que a los demás; es que mis pensamientos aún me
perturbaban, eran tan humanos.

Tú, Jesús, me llevaste a buscar el rostro de mi Padre
grabado en mí. A pesar de mi cara que había cambiado, en
lo profundo de mi ser, estaba la pura Imagen y tú la veías;
quisiste que me encontrase con el Rostro olvidado, cuando
estabas salvándome, pues tu amor me despertó para poder
responderte; no supe amarte, pero te entregué mi corazón.

b. HABLASTE DEL PERDÓN Y DEL AMOR

¡Cómo siento tu Palabra!
¡Aún recuerdo lo que me decías del perdón!
Necesitaba escucharte y sentirte en mi corazón, en mi vida

llena de culpas.

Muchos eran que me culpaban, viví como atormentada,
Tu palabra llegaba a mi corazón, aún cuando hablabas del amor; desde entonces, quise responderte; es que te amé, al ver lo que hiciste por mí.

El corazón responde frente a tu amor, porque aún puede sentir hondamente tu palabra del perdón.

Me doy cuenta de que, si no te amase, no podría sentir el perdón, ni lloraría mi vida, ni sentiría la felicidad.

Sin el amor, no me comprendiese ni me perdonase en lo más profundo de mi corazón; ni asumiese la grandeza del perdón. ¡El amor del Señor es tan grande!

No supe asumir la grandeza de tu corazón, ni recibir lo que me ofrecías, en aquel tiempo, cuando me perdonabas y me aceptabas con el amor del Padre.

Pero pasó algo que dio vuelta a mi vida, porque empezaste un nuevo movimiento en mi corazón; en la medida en que veía el amor puro del Padre, mi vida iba reconciliándose; como si se derritiesen los hielos de mi alma.

Aún necesitaba un tiempo más, pero ya hubo el anuncio de que pasaba el invierno, y el frío abandonaba mi corazón.

Jamás me he olvidado de que me amabas, pues me nutría con tu amor.

Con el tiempo, me iba comprendiendo más aún; es que mi vida habría sido diferente, si desde el principio hubiese aceptado el amor; no hubiese sufrido tanto dolor ni tanta culpa, ni angustia; todo hubiese sido diferente.

A la vez, iba aceptándome con mis pasos de la perdida.

La vida sin el amor se va perdiendo en el camino; a veces, cuando busca la salvación por su cuenta, se confunde más aún, y transita en medio de la perdición.

Si trato de comprenderme, es para verme amada y salvada

por Jesús; presiento como si Él me amase más, porque el amor crece por lo que ofrece. Jesús hizo mucho más por mí, que por otros que quizás, no lo necesitaban tanto como yo; hoy lo sé, antes no supe que lo necesitaba.

Me pregunto: ¿por qué mi vida fue así?

¿Por qué a mí me pasan esas cosas?

Eso me sirve para amarlo a Jesús y sentirme amada por Él; quizás por eso, estoy feliz.

Es algo misterioso; estoy convencida de que, si mi vida no hubiese pasado por ese camino, no lo habría encontrado a Jesús ni hubiese llegado a tanta felicidad; así, mi vida gira entre recuerdos y agradecimientos infinitos hacia Jesús.

c. DESPUÉS DE UNA NUEVA OSCURIDAD

El tiempo pasaba; y me quedé con mi vida removida en mi corazón.

El encuentro con mi Jesús ya fue para siempre; pero, ¿qué puedo decir de mí?; la vida oscura parece más fuerte que los sueños de aquel momento; y luego del encuentro y de una felicidad plena de esperanzas, no pasó mucho tiempo para volver a mi cruel realidad, en medio de un nuevo dolor y de las angustias, pues, en medio de la confusión estabas tú, Jesús.

No es que quise volver, pero aún no supe vivir de otra manera; y está mi dolor, mi culpa; estás tú, mi Jesús.

Me puse más triste aún; si por un tiempo, viví de un modo distinto, luego volví a hundirme.

Hasta quise olvidarme de ti, Señor, pero no pude hacerlo, porque volvías cuando aún quise borrarle de mi corazón.

¿Por qué no pude olvidarme de ti?

Mi vida se hizo más tormentosa aún; fue mi vida de antes, estabas tú, mi Señor y yo, perdida y angustiada.

Por un tiempo, supe abandonar lo que acostumbraba antes; luego me perdí, no sabía qué hacer; pues, si tuve ganas de abandonar, no tuve fuerzas; otras veces, no me importaba nada.

Había momentos que pregunté por ti; quise volver a verte, pero tuve vergüenza; ¿qué podía esperar de ti, yo, perdida? No supe qué hacer, no tuve ganas de vivir; si luchaba para hallar fuerzas, mi vida se ponía muy pesada.

¡Oh, mi vida, para qué estoy viviendo!

¿Acaso tiene sentido que viva?

La angustia, el miedo y las culpas son mi pan de cada día; aún estás tú; ¿por qué te metiste en mi vida?

¿Acaso te busqué o apareciste solo?; no sé si te busqué.

Si lo hice, ¿en qué hora lo hice?; ¿para qué?

Una vez más, volví a verte; luego de lo que pasó, no quise mirarte; no es que no quisiese, pero no me atrevía.

Quise saber cómo estabas; te miré de lejos, a escondidas; tú también me miraste.

¿Qué querías ver, si sabías todo de mí?

Vi tu cara triste, sufrienda; me pareció que sufrías; ¿sufrías por mí?; todo me decía que estabas sufriendo por mí.

¡Qué pena me daba tu cara!

¡Y qué dolor traspasó mi corazón!

Entonces, me di cuenta de que te amaba.

Sin embargo, ¿dónde estaba mi vida, y dónde estaba yo?

Mi corazón estallaba de dolor; estuve tan mal que no sabía qué hacer; hubiese querido correr hacia ti, pero, ¿cómo?

Mi vida no me lo permitía; a pesar de todo, me dije: debo abandonar mi conducta, no puedo seguir.

Si no tuve fuerzas ni coraje para volver a ti, tampoco quise seguir con mi vida perdida.

Tomé la decisión de no volver más a mi debilidad; pero no

supe cumplirla; no pasó mucho tiempo, me hundí otra vez,
en mi mundo muy oscuro.
¡Qué triste fue mi vida en aquel entonces!

Mientras tanto, no sé cómo lo fue, me encontré cara a cara
contigo; me miraste de cerca; no supe levantar mi cabeza;
me nombraste; sentí mucha ternura en tu palabra, sólo me
quedé llorando; tu ternura, y mi llanto.

Aún quise decirte que no tenía fuerzas para levantarme de
mi pobreza, pero ni siquiera eso supe sacar de mí; no supe
decir una sola palabra, lloré amargamente y tu silencio me
calmaba; y sentí tu ternura, que envolvía mi vida.

Esta vez, me fui sin explicar nada.

Sentí tu gran dolor, por mí, que me amabas; por tu corazón
pasaba mi vida y nada de lo mío te fue ajeno.

No pude estar más contigo; me retiré sin palabras.

No quería verte sufrir por mí, no obstante, con el paso del
tiempo, entendí que debía volver.

No esperé tu comprensión, pero debía hablar contigo.

Hoy, veo que tú me dabas tu tiempo, amándome.

El tiempo fue bastante largo; sufrí el infierno: estabas tú,
estaba mi vida.

Al pasarlo, supe que no debía retirarme de ti, a pesar de mi
vida; supe de tu paciencia, de tu comprensión; y me daba
cuenta de que tú comprendías mis guerras, mis decisiones
que no eran definitivas.

Yo necesitaba volver a ti; ese fue el modo para salir de mi
infierno; pues, con el tiempo, supe que tú comprendías ese
camino; si sufrías por mí, fue tu modo para salvarme.

Ya no huía tanto de ti, a pesar de mi vida.

Y no tuve tanta vergüenza frente a ti, mi Jesús.

No es que quisieses que yo siguiese mi camino anterior, si

sufrias igual que yo y quizás más, pero me diste a entender que podía volver y estar contigo; me escuchabas, me dabas paz, me transmitías tu amor que me hacía resurgir.

¡Cómo cuesta levantarse, aún, cuando tu gracia, tu paz y tu amor son tan grandes!

Me dijiste que no me retirase más de ti, por más grave que fuese mi vida; si yo no comprendía nada, que confiase en ti, pues quien confía, podrá salvarse.

Me salvaste; supiste transmitirme que no me retirase más de ti; y yo te creía; si me costaba volver, lo hacía porque tú me lo dijiste; al sentir tu gran amor, te amaba cada vez más, a pesar de que mi vida no decía lo mismo.

Mi vida se iba levantando, pues tú me hacías resurgir.

¿Qué esperabas de mí, en qué podía ayudarte?

No me decías nada y yo estaba tan preocupada por mí, que ni siquiera te pregunté en qué podía ayudarte, mi Jesús.

¿Quizás tú también me necesitabas?

Mi vida se iba levantando; lo vi en el rostro de mi Jesús.

Su corazón lo expresaba, porque todo fue su obra.

Me miraba, aún sonreía; una vez, habló con mucha ternura sobre mis pasos en medio del dolor; otras veces, recordaba mis tiempos de desesperación; y si los quiero ver, pues su obra es tan grande; mi parte es pequeña, casi nada.

d. OTRA VEZ ME SALVASTE

Él me miraba, con frecuencia, sin palabras; y me hacía ver mi realidad; conocía mis pensamientos y preocupaciones, miedos y dudas; mis pensamientos no siempre eran puros ni sanos y Él, los leía con respeto, así me ayudaba.

Con el tiempo, logré no tener vergüenza ante Él; pero mi mente estaba trastornada, mi corazón inquieto y ansioso.

¿Por dónde querían llevarme?; Él lo sabía, me respetaba, a pesar de que no siempre supe mirarlo como debía hacerlo.

Él comprendía el tiempo y el porqué; veía el camino de los cambios y de las luchas, por dónde iba a pasar mi corazón y mi mente; fue paciente, respetuoso, no le molestaban mi mente ni mi corazón confundidos.

Me daba paz; me sorprendía su modo, su respeto; ¿por qué fue así?, me preguntaba, pero no tenía respuestas.

Hoy, lo comprendo un poco mejor.

¡Cómo me inquietaba, al ver que Él leía mi corazón como una carta abierta, y leía mis pensamientos y deseos!

Yo no lo sabía mirar con respeto, me olvidaba de quien era Él, pero Él me comprendía.

Todo fue un tiempo que debí pasar, luego de lo que fue mi vida, de tantas experiencias tristes; después de lo que viví, no podría ser de otro modo, pues eran mis vivencias.

Entonces, Él supo mantener el camino que debí pasar, para aquietar mi corazón; aún me respetaba, me comprendía, y me lo hacía ver; y si es que, frente a Él, no tuve vergüenza, de ese modo, empecé a superarme con su gracia, y con el tiempo que me daba, con su paciencia y su amor, porque mi corazón debía enfrentar lo que llevaba en mi interior.

Debí pasar por la guerra en mi corazón confundido; como la confusión fue grande, me tiraba a cualquier lado.

Él me lo hizo ver; me ayudó a comprenderme y me enseñó a amarme, a respetarme; mientras tanto, debí pasar esas luchas, y Él me sostenía con su paz y su amor, aún con su respeto y su paciencia.

Me enseñó el camino de la libertad, me ayudó a enfrentar mi esclavitud, también, a ser libre en medio de un corazón ya renovado, que ama de veras.

Quiero agradecerle de corazón, pero no tengo palabras.

¿Quién hubiese sido yo sin Él?; ¿dónde hubiese terminado

mi vida?

No sólo me sacó del pozo, sino me hizo caminar, cuando mi vida dio un giro y cambió toda.

Hoy puedo sentirme feliz, encontrada.

Si me hizo ver y comprender mis debilidades, más aún, en

Él, encontré mi vida, la que busqué desde siempre.

Él es mi vida.

3. LE ACOMPAÑÉ HASTA LA CRUZ

a. ¿QUIÉN ERA ÉL?

No tengo palabras para hablar de Él, pues desde el primer encuentro, Él fue muy grande para mí; ya en aquel tiempo, me asustaba, al pensar en Él.

Quise retenerlo para mí, pero Él fue más grande aún; si es que entregaba su corazón, fue quien estaba aún más lejos, como el agua del río, entre las manos, o el aire que gozas, pero no alcanzas contenerlo para ti mismo.

Él siempre fue grande, muy grande para mí.

Un tiempo quise acompañarle, y no siempre podía hacerlo. Él se iba lejos, para estar con otra gente; luego volvía.

Siempre me sorprendía; lo descubría distinto, pues fue a la hora de la gran gracia para mí.

Fue como si el sol se levantase; aún lo vas viendo cada vez más arriba de la gente, y tan integrado a la vida.

Al sentirme muy cerca de Él, me quedaban preguntas.

Si fue todo para mí, a la vez, estaba muy lejos, y no podía alcanzarlo de ningún modo.

Me preguntaba quién era Él, pero no tuve respuestas.

Hablaba con claridad, cuando explicaba; no obstante, fue un misterio más grande aún.

Estuve con sus discípulos, Él enseñaba como siempre, con su palabra oportuna, justa; si adelantaba los pasos, porque el esfuerzo era necesario.

Habló del Padre y de los hermanos; aún aclaró: "*ustedes son mis hermanos*", lo dijo con mucha sencillez.

Él, tan grande y nosotros sus hermanos; aún por encima de todos y nosotros tan profundamente en su corazón.

Fue entonces, el tiempo de serios conflictos; sufría mucho por el rechazo y los cuestionamientos le causaban dolor; si

bien, los entendía necesarios, aún le dolía más.

"Ustedes son mis hermanos", nos dijo.

Sentí que, como hermana, no podía abandonarlo jamás, y debía seguirle.

Aún me pareció como si se nublase su frente, al anunciar lo que sufría en su corazón, lo que presentía; y ya no pude abandonarlo.

¿Acaso Él, tan grande, necesita de mi pequeñez?

¿Será que su corazón abierto hacia todos, necesite de mí?

Yo que no supe amar a nadie, quiero expresar todo por Él, y decirle que lo amo más aún.

Me gustaría que me necesitase.

Vino su madre, porque sabía que debía venir; y su Hijo necesitaba de su madre tierna.

¿Quién fue ella, cuando contradecían a su Hijo?

Fue todo para Él, y no podía ser de otra manera.

Su corazón sensible, atento, aún lleno de dolor por lo que debía pasar su Hijo; si ella lo presentía, por eso vino.

Y Él sufre igual; y está por las cosas de su Padre.

¡Qué grande es el amor entre la madre y el Hijo!

¡Qué gran amor entre el Hijo y la madre!

Cuando lo escuché, me llené de lágrimas; aún recordé a mi madre, mis sufrimientos, ausencias, distancias, mi camino lejos de casa, lleno de dolor; yo, por las cosas del mundo y Él, por el Padre.

Me llené de lágrimas, de emoción y de dolor, pues quise comprenderlo y comprenderme a mí misma.

Por un instante, todos se quedaron en silencio, con Él; es su vida, su misión, y por algo estamos a su lado.

Se fue su madre que quiso ayudarle, aún con dolor, y Él se quedó pensando, no habló más; ¿para qué hablar?

Sentí su serenidad, su dolor; fue un momento muy triste.
Él, aún sufriendo de un modo tan humano.
Si se fue su madre, le acompaña de lejos, ya guarda todo;
y Él, sólo guarda el silencio.
Aún resonaba en mí, *"ustedes son mis hermanos"*.

b. LOS ENFRENTAMIENTOS

Su vida fue difícil, pues, su Palabra despertaba reacciones.
Fueron pocos que lo comprendían; y muchos no le daban importancia, otros lo cuestionaban.
Cuando lo enfrentaban, fue muy doloroso; Él que ayudaba a tantos y no negaba su ayuda, pasaba por el desprecio y el rechazo; presiento que sufría más de lo que hablaba.
¿Y quién soy yo para estar tan cerca de Él?

Cuando llegaban los fariseos, se preveía lo que iba a pasar; no venían para entenderlo ni para convertirse, ni creer en la Buena Nueva, sino para censurarlo.
Y Él estaba sereno, no obstante, parecía que su paz no le alcanzaba para aquel tiempo; nada llegaba a ellos, y si Él hallaba un punto débil en sus convicciones, tampoco les servía, sino se encerraban más aún.
Luego se iban enojados, convencidos de que debían volver con otros argumentos; y otro día, podría ser peor aún.
Mientras tanto, Jesús hablaba de la paz; a la vez, que había que comprenderlos, que todo era necesario; aún hablaba del amor a los enemigos, a los que persiguen y juzgan.

Cuando les abría los ojos para que vieses sus errores y las incoherencias, aún decían que era endemoniado, de mente enferma; y otros venían para ver si era cierto lo que decían ellos; y Él, conociendo las expectativas, no se preocupaba por lo que pensaban de Él; respetaba la libertad, y jamás apuraba en las decisiones que había que tomar.

La gente va y viene; aún hace lo que quiere, y si tiene sus intereses y preocupaciones, Él lo sabe y espera lo bueno y lo malo. ¡Qué triste es ver que la misma gente que pide pan y salud, al día siguiente, le grita y lo insulta! Y Él, a veces, va a orar y otras veces se queda en silencio. Luego habla del amor, y enseña a amar sin poner condiciones.

Nos enseña a amar, y que crezcamos en el amor; aún dice que la vida nos da nuevas oportunidades.

Los acontecimientos le ayudan a hablar; cada día le trae algo nuevo, lo que Él expone a la Luz de la Gracia.

Me pregunto si es posible enseñar sin los enfrentamientos; me parece que los necesita y los espera; también, previene nuestro tiempo de guerras, de rebeldías, brindándonos su tiempo para que crezcamos.

Cada enfrentamiento es una oportunidad, un nuevo tiempo para vencernos. Si es que la realidad es difícil, aún se abre el camino de la gracia y de la paz, del amor y de la comprensión.

Ya no hay muchos que le siguen a Jesús; pero aún vivimos esperando y soñamos cuando nos enseña el camino, pues sentimos su luz y su presencia en las vidas.

Todo viene como previsto desde siempre.

Pero, ¿quién lo comprende de veras?

Sólo Él; y si nos explica, tampoco lo entendemos.

Siembra en los corazones la visión de lo nuevo, lo vamos asumiendo de a gotas perdidas, mientras Él es un río del Señor, tan grande para nosotros.

c. BUSQUÉ LA PAZ PARA MÍ

Volví a la casa de mis padres, donde vivían mis hermanos; regresé a mi pueblo que fue perdido para mí, pues, luego de pasar un tiempo con Jesús, todo era tan distinto.

También venían mi dolor, mi pena, el recuerdo del pasado, las miradas y los juicios; parece que estoy muy sensible ante aquellos que censuran, juzgan y no perdonan; porque mi pasado fue tan triste.

Me siento extraña, quiero callarme; prefiero pensar en Él, mientras vivo en medio de mi pueblo.

Señor, me dices que cambiaste mi corazón; entonces, ¿por qué no me siento hermana de mis hermanos, y por qué me veo tan lejos?; ¿cómo quisiese olvidar mi pasado!

Sin embargo, estoy aquí y todos me lo recuerdan; con tan sólo mirarme, piensan en las cosas que me duelen, en mi vida que vuelve.

Señor, me has enseñado a amar sin poner condiciones.

Pero, ¿quién me condiciona?; ¿ellos, que no se olvidan de mi pasado y son mis hermanos de mi vida triste, los que la compartieron y me animaban a llevarla, o es mi corazón avergonzado que no sabe aceptar el pasado?

Me acuerdo de eso; me dijiste que algún día, encontraría la paz con aquellos hermanos que miran como saben hacerlo; hoy, lo recuerdo, ¡y cuánto camino me queda por recorrer, para llegar a tu paz, Señor!

Comencé a orar por la paz para mí, y por mis hermanos de mis tiempos perdidos; ya no me desanimaba tanto por lo que me pasaba. La oración iba abriéndome el camino; y las caras parecían un poco distintas, ya no me herían tanto, aún parecían más amables. Aún presentí que era un tiempo importante en mi vida; sin esas vivencias, no podría seguir en el camino que inspiraba mi Señor; así llegaba la hora de la gracia.

Mis hermanos intentaban comprenderme, al ver el cambio en mí, que venía de Jesús; y empezaron a mirar de otro

modo, mi vida anterior.

Yo también debo comprenderla de otra manera; supongo que no llegaría a Jesús, si mi vida hubiese sido distinta.

Pues, la gracia aún está en el pasado, a pesar de mi vida triste; hoy, la empiezo a ver, en las caras de mis hermanos; y ellos me lo dicen sin palabras.

Así, iba aprendiendo a vivir en paz, lejos de lo que fue mi vida anterior, pero cerca de la gente de siempre.

Con el tiempo, ellos eran distintos para mí y yo, diferente para ellos; hasta comenzaron a preguntar por Jesús, y pude hablar de Él.

Mi ambiente y mi casa fueron un poco diferentes, porque yo fui distinta, mientras que todo se iba acomodando.

Mi paz, es decir, la paz que venía de Jesús iba llegando a mis hermanos; había algo nuevo que los impresionaba.

Me sentí feliz por lo que Jesús hacía por medio de mi vida. Una vez, lo invité a mi casa, y mis hermanos lo aceptaron; entonces, Él vino, dispuesto para sembrar el bien.

Me pareció que Jesús necesitaba de mi casa.

Después de lo que hizo por mí, quise agradecerle con lo poco que podía hacer por Él; no podía hacer mucho; por lo menos, que descansara en nuestra casa, cuando se unían sus adversarios; sospecho que Él nos necesitaba y lo sabía mucho antes de conocerme.

Él volvía a nuestra casa, para ver a sus amigos; no había horas ni tiempos preestablecidos para venir, pero sí había corazones que se esperaban; aún, Él venía como huyendo de las tormentas que parecían prematuras; supo lo que iba a pasar con su vida; a veces, lo compartía, otras veces, lo cubría con un profundo silencio. Si es que quise respetar su silencio, me alegraba de que Él venía; por lo menos, yo

podía servirle en algo.

A veces, quiso compartir su pena, pues su vida estuvo muy condicionada ante las indiferencias y hostilidades, ante el rechazo, el odio; aún se quedaba como esperando lo que le debía venir y yo, poco a poco, iba descubriendo el sentido de su misión en el mundo.

¡Qué difícil es entenderlo!; ¡y qué difícil es comprender su camino, mientras muchos del mundo están en su contra!

d. ¡CÓMO NO SUFRIR!

Él fue mi dolor y mi pena; si es que encontré todo por Él, y por lo que hizo en mi vida, hoy sigo sufriendo.

Pues, ¡cómo no sufrir en esta hora!

¡Y pensar que lo más grave aún no ha llegado!

Su dolor es parte de mi vida; todo parece muy extraño, no obstante, por encima, está el corazón que se entrega hasta la muerte.

Me acuerdo de aquel día, luego de varios enfrentamientos con los fariseos; sus discípulos estaban atentos por lo que ocurría; ya fue un tiempo difícil para todos; había algunos que preferían retirarse.

Veo los rostros de aquellos que están con Él, con ciertas preguntas y dudas; se preguntaban si el camino que ya hicieron, tenía algún sentido; y no fue la primera vez que sus discípulos se lo cuestionaban a Jesús.

Aquel día, les hizo optar una vez más: podían seguirle o retirarse; no sé si ellos estaban convencidos; no obstante, se decidieron seguir a Jesús, y aseguraban quedarse con Él hasta su muerte.

Fue un tiempo tan duro para mí, porque fue difícil para Él. Aún, ¡cuántas luchas pasaron por su corazón, y cuánto sufrimiento, cuántas preguntas!; si bien para Él, todo fue

claro, a la vez, había que enfrentarlo.

¿Y quién le iba a ayudar en ese tiempo?

Ya desde aquel día, quise acompañarle siempre; si se iba, mi corazón estaba con Él; y cuando volvía, quise encontrar la palabra para ayudarle; para mí, su muerte estaba cerca.

La muerte de Jesús fue previsible; pues por donde mirases, ella salía al encuentro; y si Él seguía su camino, le costaba que lo acompañasen sus discípulos; parecía que se le iban casi todos.

Sin dudas, su muerte fue el anticipo para los seguidores; si Él moría, lo mismo pasaría con los que le seguían; y todo estaba tan claro.

Como había amenazas, Él no se anunciaba abiertamente, como si esperase a que llegara la hora.

¿Qué tiempo esperaba?; ¿se recordaría de la Pascua?

Pues todo llega como quiere su Padre; lo dice Él.

El dolor agregaba otros sufrimientos; y fue el tiempo de la prueba para nosotros; no todos aguantaron ese camino.

Aún, quise acompañar a mi Señor, en ese tiempo.

Él pueblo se enteró que Lázaro volvió a vivir.

¿Cómo reaccionó contra la propaganda de los fariseos y de los sacerdotes?; ¿dio la razón a ellos o volvió a Jesús?

Y Él, ¿qué esperaba de unos y de otros?

El tiempo apura; el pueblo sale a manifestarse y luego, se vuelve atrás; ¿pues, sería que aún confirma su adhesión a la misión de Jesús?

¿El pueblo sabe lo que hace, presiente la hora del Señor?

Como llega la hora, el pueblo responde a Jesús; y si aún no comprende nada, igual está en su misión.

Es uno de esos días, cuando las cosas vienen de repente; y

Él aparece montando un burro, en medio de los cantos.

Estalla la esperanza del pueblo; por un instante, el pueblo

lo reconoce, mientras Él entra en Jerusalén y se dirige a la Plaza del Templo.

¿Y qué pasará?; aún se despiertan los corazones, luego de muchos días; ni siquiera nos damos cuenta de que son tan sólo algunos instantes; y comienza lo más grave de Jesús.

Me entero de que tiene una Cena y la despedida.

Se reúne con sus discípulos que se quedan con Él.

Son aquellos que comparten con Él de los primeros días; pues desea dejar la misión en sus manos; así lo quiere el Padre; y luego, le queda la Pasión.

Aún me entero de que uno de sus amigos lo traiciona y lo entrega a los soldados.

Y no puedo estar allí, ni acompañarle.

Me queda recordar el tiempo más triste.

Le acompaño en silencio; no sé decir nada ni ayudarlo.

Se escuchan gritos e insultos, desde el día del juicio hasta la muerte, y Él tiene paz; aún camina como un perdido en medio del tumulto que se enloquece.

Es una muerte tan triste y tan injusta.

¿Quién podría comprender lo que pasa?

Y somos apenas algunos que se atreven a acompañarle, al enfrentar los insultos; no sé cómo soporta mi corazón.

Y va a morir Jesús, por quien estoy dispuesta a ofrecer mi vida y no puedo hacer nada, sino caminar tras Él.

Se da vuelta como si buscara comprensión; pero, en medio de tanta gente enloquecida, ¿a quién encontraría?

Una soledad extraña lo rodea, no hay nadie que le ayude.

Y si le ayudan, es para buscar más crueldad; pero Él debe llegar hasta el fin; si muriese antes, no habría espectáculo.

Aún debe llegar por esa gente; y van a acabar con Él de un modo más horrible.

Es Él que salvó mi vida y de tantos; ¿dónde están ellos?

¿Acaso no saben lo que pasa con Él?
Quiero gritar, pero alguien me hace callar.
Y sigo caminando aún más muerta.

¿Dónde están sus discípulos?, no los veo.
Sólo el gran tumulto; como los animales del gran circo,
aún salen con hambre, sin piedad.
¿Qué harán con mi Jesús?
Aún hay más cosas; porque el hombre se hizo una bestia.
Alguien me empuja, me golpean, el tumulto me lleva.
Veo sangre en sus ojos, siento los golpes.
Aún está lejos, pero debe llegar; y le ayudan, buscando las
alas de la muerte, porque se habían propuesto que llegase.
Y Jesús lo sabe, lo acepta en medio de las penas.
Levanta su mirada al lugar más alto del monte, esperando
su hora; Él sabe que debe seguir hasta allí.

En fin, cumplen con su tarea.
Ponen los clavos y levantan la cruz.
Ahora puedo acercarme a Él; me reconoce con su mirada
tan tierna desde siempre, tan dolorida como nunca.
Se acercan otros amigos, está su madre, está Juan.
Aún quiere hablar; en su palabra, ni siquiera una gota de
resentimientos, luego de lo que le han hecho.
Casi no habla, y nosotros no tenemos palabras.
Tan sólo hay que esperar.

Se aproxima la tormenta; el viento sopla, todos esperan su
muerte con distintos sentimientos.
No va a tardar Jesús, está casi muerto.
Que muera en paz, que termine su dolor.
No quiero que sufra más; pero, ¿qué puedo hacer yo!
Cuando llegue la hora, dame tu fortaleza, Señor.
Me queda estar contigo hasta el fin.
Nada corta lo que nos une.

4. MI JESÚS VIVE

a. LA HORA DE LA MUERTE

La hora de su muerte, fue como si todo terminase.
¿Qué sentido tiene mi vida desde ahora?
Sin embargo, hay que vivir, hay que luchar.
El espectáculo se termina, Él ha muerto.
Los soldados se aseguran; aún brotan sangre y agua.
Mientras el tumulto sigue festejando, le acompañamos a la tumba.

Me toca ungir su cuerpo.
Después de tantas fatigas sigue descansando, y no sufre.
Para mí, todo es un recuerdo; miro su rostro, acaricio sus manos con aceites; sus pies ya no llevan ningún peso, y su cuerpo aún está lleno de gritos e insultos.
Que descanse en paz lejos de un pueblo perverso.
Que la piedra lo separe del mundo.

Nos apuran para depositar su cuerpo en una tumba vacía.
Es tarde, el día termina; hacemos lo que podemos.
Luego de la Fiesta, volvemos para terminar con la tarea.
Debemos irnos; aún sentimos los insultos del pueblo que se retira.

Los soldados sellan la piedra y vienen los guardias.
No hay paz en esta hora.
Todos se van yendo; nos quedamos un rato.
¿Qué decir después de lo que pasó?
Siento el cansancio, pero debo volver a mi casa.
No quiero estar con nadie; es mi tiempo con Él y con esta muerte que guardo.

Mi amigo Jesús no vuelve a mi casa.
No lo escucharé más, hay un vacío; ahora descansa.

¡Cuántas cosas en este tiempo, apuradas, tristes!
Estoy apenada, ante el hecho que no tiene nombre.
Y me pregunto: ¿es posible lo que ha pasado?

En mi casa queda un rincón vacío, ¿quién lo ocupará?
Es para Él, siempre para Él, esperándolo.
Si no vuelve, lo sigue esperando.
Me suenan sus palabras de paz, sus silencios.
Guardo todo para Él; y lo que es Él para mí,
No lo quiero perder por nada del mundo.

Acepto mi pena, ni siquiera busco el consuelo.
Me enseñaste vivir en tiempos difíciles, y llevar la cruz.
¿Acaso, no lo hiciste tú mismo?
Acepto mi pena, es lo poco que llevo.
Te sigo acompañando; para mí, sigues llevando la cruz.
En esta hora estoy contigo.

Siento el peso de la cruz; y veo las piedras que te golpean
sin querer hacerlo, pero son crueles igual.
Si miro tu rostro, me siento más calma en la hora que tiene
un solo destino: es el monte.
Tantas veces, te fijabas en el monte; hoy caminas y debes
llegar allí.
Si es la voluntad del Padre, te acompaño con mi corazón, a
pesar de que no comprendo; tan sólo siento el peso de la
cruz, veo las piedras que te golpean.

Los hombres son como las bestias, no disciernen; todo es
igual para ellos; si tropiezan contra las piedras, golpean tu
cuerpo herido.
El pueblo ve tu sangre y grita más aún, sin piedad.
Antes, decías que querías salvar a tu pueblo, pero, ¿cómo?
¿El pueblo verá, algún día, el sentido de tu camino, de lo
que pasas en esta hora?

Sigo pensando; no puedo dormir.
La muerte de Jesús, su camino hacia el monte me queda y
no puedo borrarla ni lo quiero hacer.
Sigo con Él en el camino sin regreso.

¿Por qué el hombre es tan cruel?
¿Hay algo que podría cambiar su corazón?
Si Jesús no pudo cambiarlo, ¿quién lo puede hacer?
¿Recordará el hombre lo que ha hecho con Jesús?
No obstante, si Él lo acepta, quizás es el único modo, para
que el hombre logre ver lo que Jesús hizo por los perdidos.
Y nos explicabas que tu misión fue hacer todo, para que la
humanidad viese el camino, y volviese al Señor.

Quise acompañarle y no pude hacer nada.
Quise estar más cerca de Él y no me lo permitieron.
Él iba caminando, como si no tuviese ningún apuro, como
si ahorrarse fuerzas; es que luego, las iba a necesitar.
Se caía en medio de las piedras; la cruz lo aplastaba.
Sólo descansaba por unos instantes.
Lo apuraban a gritos, lo insultaban.
Y Él se levantaba como si no le molestasen esos gritos.
Pero aún tuvo otras cosas en su corazón.

Cuando no pudo caminar, porque no le daban sus fuerzas,
aceptó ayuda, bendiciendo a un hombre desconocido.
Presentí que pasó algo en el corazón de aquel hombre; casi
de repente, cambió su rostro, y se vio en él, cierto gesto de
amabilidad; y fue lo que necesitaba Jesús para esa hora tan
oscura del mundo.

Cuando pidió el perdón del Padre aún para aquellos que lo
crucificaron y para el pueblo, hubo cierta reacción.
No fue que le respondiesen, pero sí hubo cierto respeto.
En esas circunstancias, cuando el hombre estuvo decidido

y ciego, algo le llegaba a su corazón, como una gota en medio de las tierras secas, quebradas.

Esa gota fue el comienzo; no hubo muchos que lo habían oído en medio de tanto bullicio, pero Él llegó igual.

Señor, tengo tantas cosas y no pido el perdón al Padre.

Pero ha llegado la hora para mí.

b. SIGO RECORDANDO

Recuerdo el tiempo de su muerte; aún está lleno de dolor, de confusión; son apenas unas pocas horas que marcan.

¿Qué pasó en mi vida?

Se fue mi amigo, más que un amigo.

Mi pensamiento gira en medio de tantas preguntas.

Y Él está muerto en su tumba de piedra fría.

Recuerdo lo que voy guardando del primer encuentro con Él, frente al lago, en un tiempo perdido de mi vida; ahora aparece una vez más, como si fuese una película.

Lo veo hablar, mientras brilla su felicidad ante el pueblo que lo escucha.

¿Dónde estás, mi amigo?; ¿debías llegar a la tumba?

¿Por qué elegiste ese camino y aceptaste la cruz?

Tu serenidad me asusta; tu silencio me quita el sueño.

Hablaste de la felicidad, y de la Vida que tu Padre tenía en abundancia, para todos; y cuando lo decías, parecía como si la esparcieses en aquellos que querían recibirla.

¿Por qué hoy, descansas de este modo?

¿Y por qué quisiste terminar en medio de los ladrones y de los enemigos?; hasta el pueblo fue tu enemigo, por el bien que le brindaste.

¡Cuánto odio, cuánta maldad y crueldad pueden juntar los hombres contra el inocente, sin mancha!

¿Por qué las cosas deben ser así?
¿No hay palabra que podría convencer para que el hombre cambie?; ¿el hombre debe llegar a esta actitud?
No comprendo nada, mi Señor; y por lo menos, descansas en paz; nadie te tortura ni sangras, ni lloras de dolor; que descanses en paz.

Reconozco las caras de aquellos por quienes luchaste.
Buscaste el bien para ellos, su felicidad; aún les inspiraste el verdadero cambio en sus vidas.
No obstante, no quisieron escucharte, aún, se unieron con tus enemigos y el día de tu muerte, gritaban contra ti.
¿Por qué son tan malos contigo, para qué lo necesitan?
¿Por qué ese modo de actuar, perverso y sin sentimientos?
Si no querían seguirte, ¿por qué se hicieron enemigos?
No los comprendo.

No supiste cumplir con las aspiraciones del pueblo.
Es cierto que el pueblo tuvo otras expectativas.
¿Qué querían de ti?; no lo sé.
Fuiste muy claro, cuando hablabas de los cambios; pues te interesaban aquellos que venían del Padre.
Si el pueblo esperaba otros proyectos, ¿necesitaba luchar contra ti, de ese modo, tan cruelmente?

Ya descansas; y no estás en medio de la guerra del pueblo.
No sé si el pueblo está tranquilo; y si lo es, es porque está seguro de que haya cumplido con su tarea.
El pueblo está de Fiesta; aún debe descansar luego de una tarea tan rara.
¿Quién se imaginaría ese camino para Jesús?
Pues el odio y la venganza tienen su propio camino; es el de la omnipotencia del hombre perdido.

Y los sacerdotes, ¿estaban seguros que defendían la pureza

de su religión, o había cosas que no se decían?
Si se unen con Pilato, ¿buscan la tranquilidad del pueblo o su comodidad?; ¿qué es lo que buscan?
¿Jesús fue tan peligroso para ellos y para el pueblo?
Si hablaba de la paz, y que había que amar a los enemigos, ¿por qué actuaban contra Jesús?
¿Tienen miedo del pueblo o aún hay otras cosas contra el Templo?; pero, ¿quién se atreve a pensar en serio!
Si el culpable está muerto, es mejor echarle la culpa.
Ahora, ni siquiera puede defenderse.
Pero cuando vivía Él, tampoco tenía tiempo para eso.

Fue una muerte muy injusta, buscada.
Él no hizo nada y aguantó hasta el último momento.
Tampoco pudo defenderse, pues todo estaba previsto.
En fin, el tiempo apuraba para terminar con Él, antes de la Pascua; y por eso, vino tanta gente, sin esperarla.
Quizás debiese ser así; la gente debía estar, mientras Jesús moría; ojalá descubra otro sentido de su muerte.

c. AÚN VOLVERÉ A LA TUMBA

Jesús moría; su sangre envolvía el cuerpo, se caía al suelo.
Él sufría mucho, casi sin quejas.
Aún tenía tiempo para atender; se preocupó de un ladrón.
Y cuando se dirigió a su madre, ella se quedó en silencio;
¿qué podía decir?
Quisiese llevar el peso de su dolor en mi pobre corazón.
No pude hacer nada por Él, Quien hizo todo por mí.
Me conformé con su mirada plena de comprensión, donde estuvo todo nuestro tiempo.

Me acuerdo de Él; a veces me sentía mal, cuando Él se iba a otro pueblo, a dedicar su tiempo para otra gente, porque ellos necesitaban de Él, más que yo.
Ahora estoy aquí; la hora es sagrada; y mientras otros no

están, puedo estar aquí, con Él.
Se detuvo mirándome, como retomando mi pensamiento.
Quiso responderme con su ternura, esta vez, desde la cruz.
Por un instante, recobré la vida, olvidándome de lo que pasaba.

Quedaba poco tiempo que se hacía tan largo.
Él sufría cada vez más, se ahogaba.
No podíamos hacer nada por Él, sino esperar.
Su mirada era luz; transmitía el sentido de lo que ocurría
en ese momento de la historia; sólo Él lo veía.
Moría con dignidad, como nadie en el mundo.
Presentí que se iba su Vida.

Volveré a su tumba cuanto antes, cuando pueda.
Esperaré el primer día; el sol de la mañana me llevará a Él;
quiero estar con Él.
Llevaré el aceite una vez más; el aceite es mi señal.
Tantas veces, fui a verlo con el aceite en mis manos, aún
cuando vivía y cuando murió.
El aceite une nuestras vidas.

¿Quién me abrirá la entrada para estar con Él?
Mis manos no tienen fuerza, pero tú, Señor, aún abrirás el
camino, pues siempre lo abías para nuestros encuentros.
Por algo, me encontré contigo y pude acompañarte.
Pero, ¿quién me abrirá la entrada para estar con Él?

¿Dónde estás, Jesús?
La tumba está vacía y no te encuentro.
¿Acaso, siempre me sorprendes?
Pero la hora de los encuentros está en tus deseos.
¿Sabrás que te busco y quiero encontrarme contigo?
Si lo sabes, entonces, ¿dónde estás?
¿Quién ha trasladado tu cuerpo? ¿Dónde estás, Jesús?

Te sigo buscando, ¿y tú?

Antes, salías a nuestro encuentro; a veces, me sorprendías;
si bien, soñaba en encontrarme contigo, me sorprendías en
tus venidas, mientras yo te esperaba.

Alguien viene, parece un jardinero.

Correré a preguntarle; ¿no sabrá de Jesús?

Estoy tan inquieta, siento algo muy extraño.

¿Dónde estás, Jesús?

Correré hacia el jardinero, a ver que me diga; pero él está
en otra cosa; no sé si le interesa Jesús, si sabe de Él.

"Dime dónde lo han puesto".

Me contesta: *"María"*.

¿Quién conoce mi nombre?; la voz tan conocida.

Levanto mi cara asustada y lo veo; es mi Maestro.

Quisiera acercarme, pero no es el momento.

Me quedo mirándolo, luego de un largo viaje.

¡Y cuántas cosas pasan en mi corazón desde su muerte!

Hoy, lo veo otra vez.

Se levanta el sol de la mañana; su rostro resplandece.

Hoy puedo verlo vivo, después de lo que había pasado.

Se fue una noche tan larga, ha vuelto el Sol.

Y me quedo mirándolo; ya no tengo más palabras ni tengo
preguntas; con tan sólo que Él está, está todo.

¡Cómo cambia todo en un instante!

El pasado tiene su nueva luz, luego de pasarlo, de sufrirlo;

y es distinto, pues Él vive, luego de su muerte tan cruel.

Sólo me pide que lleve la noticia a sus hermanos.

¿Quién esperaba a que llegase a este fin? Creo que nadie
de nosotros, y Él lo anticipó tantas veces.

Estoy feliz como nunca antes en mi vida, luego de lo que
sufrí por Él.

El sufrimiento tiene otro valor; no es ése que pesa, sino se abre en medio de mi alegría aún más grande.
Soy la primera que veo a Jesús vivo; y me pregunto: ¿por qué a mí, me toca verlo?
No tengo respuesta, pero me siento muy feliz.

Llevo la noticia por todas partes.
Quien quiere escuchar que la escuche; Jesús vive.
Nadie puede contra Él, por más que se uniesen todas las fuerzas oscuras.
Desde que ha vuelto a vivir, el mundo es distinto; no hay fuerza que pueda vencer la bondad, la paz, la misericordia.

No hay fuerza que se oponga a Jesús, mientras Él vive.
Si alguien quiere quitarle el lugar en el mundo, su tarea se vuelve contra él, pues, viene Jesús aún más glorioso, y la vida recobra la alegría.
Sólo deseo decir a todos que Jesús ha vuelto a la Vida.

Después de lo que ha hecho Jesús de mi vida, amándome con su Amor tan puro, aún dándome felicidad, vida, paz y alegría, lo poco que puedo hacer, es hablar de Él, de su Obra en mí; así estoy cumpliendo con mi corazón.
Y también, quisiese entregar mi vida por mi Jesús.

Prefacio	3
1.El primer encuentro	5
a. mis soledades	5
b. alguien me dijo	7
c. ¿comprendería mi vida?	9
d. aún vuelvo a verlo	13
2. Los siete demonios	17
a. apareciste en mi vida	17
b. hablaste del perdón y del amor	19
c. después de una nueva oscuridad	21
d. otra vez me salvaste	24
3. Le acompañé hasta la Cruz	27
a. ¿quién era Él?	27
b. los enfrentamientos	29
c. busqué la paz para mí	30
d. ¡cómo no sufrir!	33
4. Mi Jesús vive	37
a. la hora de la muerte	37
b. sigo recordando	40
c. aún volveré a la tumba	42

